

EL MARQUÉS DE SALAMANCA

FICHA TÉCNICA

| | |
|--|--|
| Director | Edgar Neville |
| Guión | Edgar Neville, Tomás Borrás |
| Producción | Comisión organizadora del I Centenario del ferrocarril Producciones Neville |
| Productor | Edgar Neville |
| Fotografía | Manuel Berenguer |
| Música | José Muñoz Molleda |
| Montaje | Sara Ontañón |
| Asesor artístico | Mariano Rodríguez de Rivas |
| Decorados | Sigfrido Burmann |
| Argumento según estudio biográfico de Tomás Borrás | |



DATOS TÉCNICOS

| | |
|----------------|--|
| Duración | 93 minutos |
| Versión | Original en castellano |
| Año producción | 1948, España |
| Formato | Normal, 1.37 : 1 Blanco y negro |
| Estreno | 13/12/1948 Madrid: Callao |
| Localizaciones | Aranjuez, Madrid; Puebla del Maestre, Badajoz; Santoña, Santander. |
| Distribución | Mercurio Films, S.A. |

FICHA ARTÍSTICA

| <i>Intérpretes</i> | <i>Personajes</i> |
|----------------------|---------------------|
| Alfredo Mayo | José de Salamanca |
| Conchita Montes | María Buschental |
| Jacinto San Emeterio | Narváez |
| Enrique Guitart | Banquero Buschental |
| Carlota Bilbao | S.M. Isabel II |
| Guillermo Marín | Alfonso XII |



Manuel Kaiser, Fernando Noguerras, Manuel Arbó, María Cañete, Emilio Ruíz de Córdoba, Manuel Requena, Lupe Sino, Fernando Aguirre, Gabriel Algara, Ángel Álvarez, Pablo Álvarez Rubio, Xan das Bolas, Pat Clark, Benito Cobeña, Alfonso Horna, Casimiro Hurtado, Julio Infiesta, Agustín Laguilchat, Ivonn Lamarr, José Latorre, Manuel Llana, Arturo Marín, Manuel Miranda, Fulgencio Noguerras, Elvira Real, Rodrimur.

PRESENTACIÓN

En 1836, José de Salamanca llega a Madrid y empieza a actuar como financiero. Interviene en algunas jugadas de Bolsa, en una de las cuales se enemista temporalmente con el político Narváez. En esos primeros momentos conoce a María Buschental, esposa del banquero del mismo apellido, que unas veces ayuda y otras combate a Salamanca. Entre ambos surge una particular relación de atracción, que no es sentimental, sino de admiración mutua entre los dos rivales que reconocen la sagacidad del contrario.

José de Salamanca representa la burguesía liberal que trae el ferrocarril a Madrid, que racionaliza el urbanismo madrileño, que construye teatros modernos,...

Alfredo Mayo, para el libreto original en el estreno de la película:

“El primer sugestivo acierto de la película reside en haber resucitado todo aquel mundo material y espiritual en que se produjo la creación del ferrocarril; en habernos mostrado de nuevo cuales fueron las piezas que formaron su rodaje y el formidable motor humano que le dio impulsos. El evocar aquella historia, situándola en los mismos lugares de su acción verdadera, no se estima como acierto de autenticidad que el cine puede lograr con la inspiración de su tramoya, sino como el empleo del más eficaz elemento espiritual para la creación de la atmósfera que envolvía una época y los personajes que la vivieron. Es difícil amasar la sinceridad de un ambiente partiendo de la escayola. Siempre el clima estará pendiente del hilo frágil de una puerta que no encaja o del artesonado roto para que entre la luz de un kilovatio. Era importante, ante todo, cuajar la fidelidad a una figura y de ensalzar su obra. No es el cine arte principio a la interpretación sutil de una figura, sino que tiende a situarla en su justa dimensión y a recoger su obra para exponerla con escrupulosa objetividad. El juicio de la Historia le vale como contraste crítico para la reconstitución de los hechos, y por ello tanto mejor será lograr la más pura fidelidad expositiva.

Ya en su solo presentación plástica, “El Marqués de Salamanca” es un recreo para el espíritu. Vuelve la vida a las doradas estancias palaciegas que durante años han visto su integridad prolongada en fríos cuidados de invernadero. Otra vez las arañas se encendieron a su luz verdadera y el vals refleja en sus espejos desnudos los talles de las

parejas. No amamos la nostalgia como sentimiento dominante, pero hallamos un íntimo goce al contemplar las cosas tal como fueron en la gracia de una recreación artística. El mundo que por un tiempo centrará la apasionante figura del marqués de Salamanca tiene su particular atractivo, su sugestión y su perfume que gusta contemplar hoy en las animadas imágenes del celuloide que lo revive. Al valor de supervivencia que las cosas muestran en su perdurable prolongación, hay que poner el valor primario del destino para que fueron creadas, y tiene un sensible atractivo el poderlas contemplar en el ejercicio de ese destino.

La ponderada erudición madrileña de Mariano Rodríguez de Rivas ha localizado con fina precisión los escenarios de la prosa romántica en que Salamanca escribió su aventura: los dos palacios del propio Salamanca, los de Santoña y Fernán Núñez, el real de Aranjuez, el Museo Romántico convertido por unas horas en estancia del financiero. Cada uno de esos palacios prestó sus piezas al fabuloso escenario que habitan los personajes de esta historia. Poco importa que el fingido marqués de Salamanca, admirablemente encarnado por Alfredo Mayo, haya tenido que cruzar tres calles para ir del despacho a su salón. La maravilla del cine hace el tránsito posible con solo abrir una puerta y permite que María Buschental, encarnada con prodigiosa figura interpretativa por Conchita Montes, componga sus ropas detrás de un biombo para visitar unos metros más allá al gran hombre en la desgracia de su ruina.

En los últimos años, la vida madrileña cerró muchas moradas palaciegas. Las creímos perdidas y, en la amistosa peregrinación que esta película nos ha supuesto, nos permitió comprobar antes de verlo en la pantalla, el admirable cuidado con que muchas se conservaron. La morada de Salamanca, hoy convertida en Banco Hipotecario, guarda intactas varias de sus estancias; los palacios de Fernán Núñez y de Santoña, hoy habitados por la RENFE y por la Cámara de la Industria, no ha perdido su encanto primitivo y sigue sin marchitar la gracia de sus salones. Ello ha permitido a un experto equipo, dirigido sabiamente por el vivo talento y la experiencia cortesana de Edgar Neville, revivir con toda fidelidad las jornadas del Madrid del marqués de Salamanca, de Narváez, del banquero Buschental, de la aristocracia de S.M. Isabel II.

Cada escena de la película guarda el aliciente de una sorpresa. Al moverse un personaje, descubre un Greco auténtico; al abrirse una puerta, penetramos en la magnificencia de una estancia cortesana que pisó un día la propia Reina; las notas del rigodón descienden del mismo palco en que jugara la orquesta en los saraos de los duques de Santoña, y el fingido Rey D. Alfonso XII cruza por los jardines que hasta hace no mucho guardaban frescas las huellas del propio Monarca. Sobre su maravilloso valor decorativo, todo contribuye a que la escena tenga una emoción directa de impagable sinceridad.

Gracias a la magia de su "recreación", al asistir a la proyección de sus imágenes hemos vivido unas horas en la fabulosa compañía del marqués de Salamanca. Se nos ha escamoteado nuestra condición de espectadores para adentrarnos en un mundo apenas presentido en la contemplación de sus recuerdos. Porque todos ellos han vuelto a cobrar calor de vida. Y en el tren real, sobre el cauce que aún perdura, hemos hecho un viaje auténticamente real.

Edgar Neville en plena labor cinematográfica cuando se rodaba una de las escenas de la película ferroviaria, que él ha dirigido. La estación estaba en pleno ajetreo: viajeros que llegan y viajeros que marchan; trenes que abandonan la estación y otros que hacen su entrada en ella. Despedidas, montones de equipajes, la prensa empaquetada para ser distribuida por los pueblos, aldeas y capitales. Funcionan todos los servicios propios de una gran estación. Pero más allá, escondida entre unos vagones de mercancías, reluce la locomotora que es reproducción fiel de la que hizo el primer recorrido entre Barcelona y Mataró. Y a su lado, cameraman, mujeres y hombres en trajes de época. Edgar Neville está dando instrucciones, en rápida respuesta de hombre que no necesita recapacitar sobre el tema, nos dice: "La mayor emoción que he tenido es cuando me trajeron el reproducido. Me lo entregaron en la línea Madrid – Aranjuez, y comenzamos a funcionar con él con verdadero encanto. Durante varios días, la locomotora Stephenson fue una protagonista ideal en la línea de Toledo. La utilizábamos como si fuese un automóvil, ya que hacíamos alto en cualquier lugar en que encontrábamos un paisaje encantador."

El paso del tren centenario, por lo inesperado, producía a todos impresión extraordinaria. Ponían cara de asombro. Un hecho que tuvo mucha gracia durante el rodaje fue el coincidir en una estación con el paso del Lusitania – Exprés. ¡Qué de comentarios! Los viajeros se asomaban para contemplar nuestro convoy centenario y los viajeros que lo ocupaban. El contraste no podía ser más sorprendente. Por mera casualidad, el 1948 saludaba a su paso al 1848, en su vida efímera.

Durante todo el verano he estado dedicado al rodaje de esta película sin perder el contacto con los empleados ferroviarios que habían sido designados para conducir la máquina centenaria. Para este grupo de empleados solo tengo elogios, puesto que cumplieron y facilitaron mi labor, como también el ingeniero de la RENFE, Sr. Casco, quien en su día, con el auxilio de un personal experto, hizo el tendido de la línea de Aranjuez al Palacio Real, contribuyendo así al éxito de esta producción en que, aparte de los personajes, la locomotora ha sido protagonista ideal, cuyo funcionamiento ha resultado perfecto y muy emotivo."

Premios: 1948, Sindicato Nacional del Espectáculo: Mención especial, mejor película.

EDGAR NEVILLE

Edgar Neville Romrée, posteriormente Conde de Berlanga de Duero, nació el día de los inocentes del último año del siglo XIX, en el palacio familiar de la céntrica calle madrileña de Trujillos. De padre inglés y madre noble, se licenció en Filosofía y Letras y en Derecho e ingresó en el cuerpo diplomático. Fue cónsul de España en Los Angeles, y allí comenzó su interés por el cine al entrar en contacto con el mundillo de Hollywood y conocer a actores tan importantes como Chaplin, Mary Pickford o Douglas Fairbanks. Hasta entonces, Neville había cultivado sólo la literatura y el teatro, pero al conocer a la gente del cine, se siente fascinado y comienza a trabajar, en principio traduciendo y adaptando los diálogos de películas americanas al castellano que después se rodaban en una segunda versión para el público hispano.

De regreso a España, está decidido a renovar la industria y a hacer películas sonoras en aquellos años (principio de los treinta) en los que no existía la infraestructura necesaria. Después de intentarlo con el corto "Yo quiero que me lleven a Hollywood", abandona durante un tiempo el cine, hasta que la industria ya está adaptada al cine sonoro. En 1935 se decide a rodar su primer largometraje, "El malvado Carabel", adaptación de la novela de Wenceslao Fernández Flórez, que protagonizan Antonio Vico y Antoñita Colomé. Animado por su buena acogida, rueda "La señorita de Trevélez", adaptación de una obra de Arniches. Continúa su faceta de escritor y dramaturgo y, en los años siguientes, estrena en el teatro "Margarita y los hombres" y publica varios libros de novelas cortas.

Durante la guerra trabaja para el departamento Nacional de Cinematografía para el que realiza documentales de propaganda política como “¡Vivan los hombres libres!”, al tiempo que comienza su colaboración en la revista de humor “La Codorniz”. Al terminar la guerra se marcha a Italia ante las dificultades de trabajar en España. Allí dirige varias películas como “Santa Rogelia”, “La muchacha de Moscú” o “Frente de Madrid”.

En los años cuarenta vuelve a Madrid y comienza a rodar una serie de sainetes costumbristas que reflejan lo más castizo de la ciudad. En su siguiente trilogía, “La torre de los siete jorobados”, “Domingo de Carnaval” y “El crimen de la calle de Bordadores”, explora los ambientes marginales y el submundo barriobajero de Madrid, al mismo tiempo que desarrolla una interesante intriga criminal que le sirve de nexo temático a esta trilogía, excelentes ejemplos de lo mejor del casticismo madrileño. Pero Neville demuestra también su gran dominio de la comedia con “La vida en un hilo”, rodada en 1945, que se considera una de sus mejores películas y que después se convierte en una obra de teatro. Cinco años más tarde rueda “El último caballo”, otra comedia, aunque en este caso se trata de la primera película española de estilo neorrealista italiano de la época, y “Duende y misterio flamenco”. En 1945, un viejo argumento suyo da origen a “Novio a la vista”, de Luís G. Berlanga. A finales de la década, en 1959, regresa a la alta comedia con la adaptación al cine de su propia obra de teatro “El baile”, protagonizada de nuevo por su musa y compañera sentimental Conchita Montes.

Curiosamente, en su última película, “Mi calle”, rodada en 1966, justo un año antes de su muerte en Madrid, elabora una especie de sintética autobiografía tomando como hilo conductor los avatares de su calle y de sus vecinos lo largo de más de medio siglo de la historia española.

“Al cine español le vino ancho Edgar Neville y a Edgar Neville le vino estrecho el cine español. El resultado fue que tuvo que hacerse un cine a su medida. Un lujo que le costó caro, pues su medida no era, no podía ser, la de los mediocres años de nuestra posguerra en los que realizó en solitario lo mejor de su obra (...)”

Elaborado por Fermín Giménez